

Espiritualidad y pensamiento utópico en tiempos de crisis

Juan Diego Ortiz¹

Introducción

El presente trabajo aborda el tema de la espiritualidad no religiosa en su relación con el pensamiento utópico y sus posibilidades de incidir en la realidad. El análisis es complicado debido a que los conceptos de espiritualidad y utopía son problemáticos, ya que se prestan a múltiples interpretaciones. Sin embargo, a pesar de este inconveniente nos adentramos en el tema haciendo una revisión conceptual de la espiritualidad en su relación con la construcción de utopías, lo que nos permitió posicionarnos en una serie de postulados de varios autores que nos ayudaron a clarificar la significación de los dos conceptos.

A partir de lo anterior, logramos hacer el planteamiento de partida, el cual va en el sentido de reconocer que a través del tiempo han existido espiritualidades humanas capaces de mover el devenir histórico a partir de la imaginación previa de utopías que luego se van concretizando a través de largos y complejos procesos sociales y culturales. Por ello, se valora en este texto la importancia de indagar el cultivo de la espiritualidad a pesar de las adversidades del mundo moderno.

Las preguntas de investigación que guían este trabajo, son: ¿podemos hablar de la existencia de espiritualidades religiosas y espiritualidades no religiosas, también conocidas como laicas o seculares? ¿las grandes y pequeñas proezas por las que ha transcurrido la humanidad son resultado de espiritualidades y pensamientos utópicos que han podido transformar

1 Doctor en Filosofía, es director del Centro de Estudios de Religión y Sociedad adscrito al Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.

la realidad, o dichos cambios sólo son consecuencia de procesos políticos coyunturales? ¿es posible que la espiritualidad no religiosa anime la transformación del mundo globalizado y sus diversas contextualidades? ¿cómo se puede cultivar esa espiritualidad y el pensamiento utópico entre los jóvenes?

Lo primero que hacemos en este texto es una aproximación al concepto de espiritualidad no religiosa a partir de cuatro autores: María Corbí, José María Vigil, Leonardo Boff y Patricio Guerrero. Enseguida se plantea lo que se conoce como pensamiento utópico, situándonos en la acepción de utopía positiva, es decir, la utopía como un hecho realizable y antropológico que siempre ha acompañado al ser humano. Por ello, entendemos la utopía como una idealización de lo posible, como una capacidad que tenemos los seres humanos para imaginar el mejor de los mundo posibles y actuar en función de ello. Finalmente se valora la relevancia del cultivo de la espiritualidad y el pensamiento utópico en la perspectiva de seguir construyendo proyectos axiológicos tendientes a humanizar las sociedades y el mundo, particularmente entre una franja de jóvenes que tienden a tener cosmovisiones egocentradas y materialistas como resultado de la influencia de la ideología capitalista.

Un acercamiento al concepto de espiritualidad

Los filósofos y teólogos que han escrito sobre el tema de la espiritualidad nos enseñan que el término ha estado asociado históricamente al concepto de espíritu, es decir, que se trata de una dimensión humana distinta de la materia, del cuerpo, lo que de entrada abre el abanico de análisis en diversos sentidos. Esta perspectiva del concepto nos viene desde siglos atrás debido a que la palabra ha estado estrechamente vinculada a las religiones, entre ellas, el cristianismo. Por lo que se ha relacionado la espiritualidad a una dualidad de carácter religiosa: materia-espíritu, divino-humano, religioso-profano, eterno-temporal, dando a entender con ello que la espiritualidad está vinculada a lo trascendente y no a lo inmanente de la existencia humana. Esta idea de espiritualidad es la que siguen defendiendo las religiones, las cuales no creen que sea posible hablar de espiritualidad desde

lo inherente de la persona y sin los dualismos sobre los que se asientan las creencias religiosas. Según Castillo (2011, p.16), en el cristianismo se comenzó a utilizar el concepto de espiritualidad en los siglos XI y XII, y en todos los casos la palabra fue empleada para oponerse a la corporalidad, a la carnalidad y a la brutalidad humana, despreciando así lo sensible y corpóreo del mundo, por ello, en muchas mentes sigue arraigada la creencia de que la espiritualidad sólo tiene validez en su vínculo con lo divino.

En este texto, lo que hacemos es recuperar otra concepción de espiritualidad, aquella que podríamos llamar espiritualidad no religiosa, también conocida como laica o secular. Asunto del que se han ocupado no pocos autores, los cuales explican que sí es posible hablar de espiritualidad desde la inmanencia, desde el ser concreto de la persona que representa unidad y no dualidad. Desde el ser corpóreo que tiene aspiraciones humanas de producir realidades históricas de justicia y fraternidad. Esta otra espiritualidad es autónoma y no heterónoma, no está sujeta a ser guiada por pastores o instituciones religiosas, sino que cada sujeto la puede cultivar como una manifestación de la plenitud humana para contribuir a la humanización de las relaciones sociales y comprender la vida a partir de una infinita cadena de relaciones que nos vincula con todo lo existente.

Cabe aclarar, que históricamente siempre se ha discutido sobre el tema de la espiritualidad, ya sea en Oriente como en Occidente, por lo que constituye un campo abierto de reflexión desde diversas experiencias, incluyendo la espiritualidad religiosa. Sin embargo, la revisión que hacemos del concepto es sólo un acercamiento desde cuatro autores situados en la cultura occidental, por lo que no pretendemos plantear el estado del arte de la cuestión. Pero, por otra parte, lo que sí hacemos es posicionarnos en un conjunto de postulados que nos aproximan a la comprensión de la espiritualidad no religiosa, para desde ahí vincularnos con el tema del pensamiento utópico.

Para explicar el concepto de espiritualidad laica comenzamos con el planteamiento del filósofo Marià Corbí (2013, pp. 47-48), quien nombra a la espiritualidad como Cualidad Humana Profunda, la cual, según este autor, es una capacidad de interesarse por todo lo real incondicionalmente.

Capacidad de “volver todo nuestro interés de mente, corazón y acción a todo lo que nos rodea, con lucidez y calor pleno”. Dicho interés, dice, tiene que estar libre de todo condicionamiento que pone nuestro ego. Este camino espiritual es axiológico y sensitivo, lo que exige “cobrar conciencia” para así transitar hacia un proceso de desegocentración que nos permita la plenitud del ejercicio del amor, el servicio gratuito a otros y el interés gratuito por las realidades. Cultivar la cualidad humana posibilita apreciar y sentir el doble acceso a la realidad a través de su dimensión relativa y absoluta. Es un despertar, dice Corbí, pero un despertar que no viene de fuera, sino que viene de dentro, de la profundidad humana.

Según nuestro autor, “la cualidad humana se puede entender como capacidad de simpatía, de sentir con el sentir del otro, y de compasión. Capacidad para prospectar situaciones futuras, mental y sensitivamente. Capacidad para valorar las personas y las situaciones y para transmitir a otros esas valoraciones” (2007, p. 331). Es sensibilidad ante la realidad, madurez en las actitudes y equilibrio en los enjuiciamientos y actuaciones, señala.

Se trata de una espiritualidad no religiosa que plantea una introspección en búsqueda de nuevas actitudes para interesarnos por la existencia. Es búsqueda profunda inmanente que potencia nuestras capacidades humanas para ver y actuar más allá de nuestras necesidades e intereses individuales. Espiritualidad que demanda a su vez la construcción de proyectos axiológicos colectivos que se inserten en las realidades del mundo para contrarrestar la profunda crisis humana y ambiental en la que vivimos.

Por otra parte, tenemos el concepto de espiritualidad que plantea el teólogo José María Vigil (2015, pp. 332, 333, 335), quien dice que es necesario repensar el término para ampliar la conceptualización del mismo más allá de la tradición de asociarlo con una “realidad amundana, incorpórea, extracósmica... algo propio de un 2º piso, paralelo y superior al mundo real”. En este sentido, Vigil apela a una comprensión no propiamente religiosa de la espiritualidad. Señala, desde su perspectiva, que la espiritualidad “es, en algún sentido, lo más hondo de nosotros mismos, aquello que nos hace ser lo que somos, aquello que nos hace humanos, la misma especificidad

humana...Espiritualidad significaría humanidad, la profundidad de nuestra humanidad personal, el conjunto de nuestras vivencias humanas más profundas y vivificantes”.

Con este planteamiento, el terreno de la espiritualidad se sitúa en lo humano, en el mundo real, y no necesariamente en lo divino o lo trascendente. Por tanto, la espiritualidad es el cultivo de la profundidad humana, proposición que coincide con el planteo de espiritualidad de Marià Corbí que revisamos con anterioridad. En esta explicación de espiritualidad el concepto está enfocado al cultivo de la profundidad humana, pero con la apertura de que no sea un cultivo egocentrado, sino un cultivo que tenga toda la potencia para intervenir en la realidad para “humanizar la humanidad”, trascendiendo así la sola individualidad para situarse en aspiraciones mayores que conciernen a los pueblos, las sociedades, las culturas y la humanidad como tal.

Este mismo sentido, Leonardo Boff esboza una idea de espiritualidad cercana a lo que acabamos de explicar a partir de Marià Corbí y José María Vigil, es decir, ubica la espiritualidad como una dimensión del ser humano y desde lo humano, y no propiamente como algo externo o divino, aunque no niega la trascendencia como fuente de inspiración espiritual en los creyentes. Sin embargo, lo que nos interesa es rescatar el concepto de espiritualidad de Boff desde su acepción laica o secular, la cual, este autor la ha ido exponiendo a través de una serie de escritos publicados en el portal electrónico *Servicios Koinonía*.

Para este teólogo, también la espiritualidad es profundidad humana. Señala que “el ser humano no posee solamente *exterioridad*, que es su expresión corporal. Ni solo interioridad, que es su universo psíquico interior. Está dotado también de *profundidad*, que es su dimensión espiritual” (Boff, 2012). La espiritualidad, según esta perspectiva, es “conciencia” que descubre que pertenecemos a una red infinita de relaciones, a un todo del que somos una porción integrante, lo que permite poseer la capacidad de “ir más allá de las meras apariencias, de lo que vemos, escuchamos, pensamos y amamos”. Sostiene que cuando alguien es consciente de su espiritualidad, está implicando un compromiso de proteger y promover la

vida y permitir que continúe coevolucionando; pero no solamente la vida humana, “sino toda la vida en su inconmensurable diversidad y formas de manifestación” (2012). Precisa que cuando se sienten todas las realidades se puede entrar en comunión con todos los seres. Indica que no basta con que seamos seres racionales y religiosos, sino que es indispensable que seamos seres espirituales, sensibles a los otros.

De este modo, Boff entiende que la espiritualidad es apertura a los otros, a las otras especies, al mundo, al cosmos. Es conciencia de que somos parte integrante de un todo con sus múltiples interrelaciones, lo que deviene en compromiso por la vida, por su cuidado. La espiritualidad representa, según este autor, “un verdadero proyecto de vida, que implica afirmar la vida de los otros humanos, especialmente de aquellos cuya vida está maltratada, y apreciar la vida en todas sus manifestaciones cósmicas” (2000, p.163).

En continuidad con lo anterior, Guerrero (2011) señala lo siguiente con respecto a la espiritualidad

La espiritualidad implica un comportamiento reflexivo, pero este no se sostiene solo en la frialdad del logos y el episteme, que busca describir y explicar el mundo, sino que la reflexibilidad de la espiritualidad es la de un pensamiento con corazón y sentimiento, pues, sin ellos no es posible interrogarse sobre el sentido de la existencia y comprenderla, ni maravillarse con sus misterios. La espiritualidad demanda por tanto ser corazonada, sentipensada, porque requiere de reflexión, de una actitud reflexiva que abra espacio a la presencia de las emociones, ya que al igual que las reflexiones sin corazón, vacías de ternura no son espirituales y pueden terminar siendo perversas y aportar a la dominación de la vida; sin reflexibilidad, los sentimientos ciegos por más intensidad que estos tengan, están muy lejos de la espiritualidad; desde el corazonar podemos entender, que la espiritualidad hace referencia a las grandes pasiones reflexivas de la vida, que posibilita que vivamos la vida acorde a esas pasiones y reflexiones (p. 29)

Según Guerrero la espiritualidad es una capacidad reflexiva sobre la existencia, pero, es una reflexión que tiene que ir acompañada de una serie de sentimientos, es decir, es reflexividad sensible, por lo que apela al pensar y el sentir en el cultivo de la espiritualidad. Este autor también indica que la espiritualidad no es de ningún modo un monopolio de las religiones, ni es sólo reflexión sobre lo trascendente, sino que de la inmanencia del ser puede brotar la espiritualidad para indagar el propio ser en su relación con el mundo. En este sentido, agrega que

la espiritualidad no hay que buscarla en un paraíso lejano, en el Nirvana al que solo se acercan los iluminados, en monasterios ocultos en las altas montañas, en templos oscuros en donde se martiriza los cuerpos, ni en cuevas donde habitan anacoretas que se aíslan del mundo. La espiritualidad no significa negaciones, renunciaciones al placer, al amor, a la pasión, al erotismo y, sobre todo, a la alegría, a la felicidad, pues en muchas culturas éstas han sido vías para la espiritualidad; no significa volverse asceta o ermitaño, no implica aislamiento, silencio y soledad absolutas, si bien éstas pueden ayudar al despertar espiritual, no lo garantizan, pues la espiritualidad no es en sí misma solitaria, sino que es una construcción social, cultural e históricamente situada, que da una dimensión trascendente a la alteridad; la espiritualidad implica redescubrir la profunda alegría del milagro de la existencia, no es algo que habita en lo sobrenatural, sino que nos muestra que en el orden cósmico, todo es natural (p. 23).

De toda la revisión anterior sobre el concepto de espiritualidad no religiosa, podemos deducir que se trata de una introspección que nos sumerge en nuestra realidad interna, en nuestra profundidad, que puede despertar nuestra conciencia para interesarnos por la realidad como totalidad. Es cualidad humana sensitiva y axiológica que nos desegocentra, que nos hace sensibles para llevarnos a la especificidad propiamente humana que posibilita nuestra intervención en el mundo más allá de los intereses particulares. Es compromiso con la humanidad, particularmente con los excluidos de la justicia, es compromiso con las otras especies, con la vida y el cosmos. Es una búsqueda de comunión y de plenitud humana de

la cual emergen posibilidades de transformación individual y colectiva que conducen a crear y recrear el amor en sus múltiples manifestaciones y direcciones como servicio gratuito a los otros. Esta espiritualidad es un proceso autónomo que no es guiado por castigos o recompensas, no está anclada en religiones, ni en ideologías, como tampoco en la política. Se mueve libremente e imagina nuevos mundos, es sutil y está al margen del poder autorreferencial. La espiritualidad es reflexividad, es capacidad sensible hacia los otros, hacia las otras especies vivas, hacia el mundo.

Si esta espiritualidad no religiosa es una capacidad de sentir con el sentir del otro, y es una capacidad de compasión, una potencia para intervenir en la realidad para humanizar la humanidad, y es una conciencia que descubre que pertenecemos a una red infinita de relaciones, a un todo del que somos una parte integrante, entonces estamos hablando de una espiritualidad de comunión que se interesa por toda la realidad, es una espiritualidad que imagina otros mundos, es una espiritualidad de transformación. Es una espiritualidad que construye utopías para cambiar la realidad, para cambiar al ser humano. Lo que nos lleva a pensar que durante la historia humana se han manifestado una infinidad de espiritualidades que han hecho posible que el mundo cambie

Espiritualidad y pensamiento utópico

Si partimos del concepto de espiritualidad no religiosa que acabamos de exponer, se puede afirmar que el ser humano sí puede cultivar su dimensión profunda sin necesidad de las religiones. Lo cual no significa que necesariamente se tenga que confrontar con ellas. Por tanto, si somos capaces de tomar conciencia de la realidad como totalidad, si somos capaces de alcanzar la cualidad humana sensitiva, axiológica y desegocentrada, la cual nos compromete con lo propiamente humano, y además, somos capaces de generar comunión con los otros, con la naturaleza y con el mundo e imaginar proyectos de justicia e igualdad, entonces se puede decir que el individuo y los colectivos que logran esta transformación interna y de su ethos, autogeneran una espiritualidad utópica que los coloca ante la posibilidad de concebir y crear nuevas realidades que dignifican

la existencia. Espiritualidad utópica que es capaz de repensar la vida, las relaciones humanas y el mundo para transformar la historia, tanto la llamada historia universal como las historias contextuales de los pueblos y las microhistorias de la cotidianidad de las personas.

Esta espiritualidad utópica se verifica en lo que llamaremos pensamiento utópico, desde el cual emergen los proyectos axiológicos que transforman la realidad. Pero, antes de ello, es conveniente hacer una breve reflexión acerca de esta espiritualidad utópica que desde nuestro punto de vista ha existido en los grupos humanos y por lo cual la historia se mueve, cambia y produce nuevas realidades. Nos referimos a casos emblemáticos donde las transformaciones han sido producidas por individuos y comunidades que han imaginado otros mundos donde se enaltecen las relaciones sociales, las relaciones entre los pueblos, entre los grupos étnicos, procurando avances en la dignidad humana. Se trata de utopías positivas que fueron llevadas a su materialización a través de luchas sociales y políticas muy complejas.

Un primer ejemplo, lo podemos situar en el Continente Americano, el cual supuso un proceso de cultivo de una espiritualidad utópica que devino en la lucha por la abolición de la esclavitud. Otro, la lucha por la independencia y la creación de las naciones una vez que se desterró el colonialismo europeo. Dos casos más recientes son la lucha por el reconocimiento de los derechos de la comunidad negra en Estados Unidos y la pugna histórica por los derechos de las comunidades indígenas latinoamericanas que sobrevivieron a la conquista y que sobreviven al capitalismo rapaz. Esto, sin dejar de mencionar el anhelo utópico de una América Latina integrada, justa y solidaria que ha dado origen a una enorme literatura política, filosófica y cultural que aspira a fortalecer los lazos históricos del subcontinente.

En todos estos casos de la memoria continental hubo grandes personajes históricos que encarnaron la espiritualidad de los pueblos, personajes que se nutrieron de un pensamiento colectivo que demandaba y anhelaba transitar hacia la libertad, hacia la igualdad de derechos, hacia la democracia y contra toda forma de discriminación humana. En todas estas historias se cuestionó el orden establecido y se propusieron otros proyectos axiológicos

a través de los cuales se imaginaron nuevas realidades, realidades más humanas y fraternas.

En este sentido, es pertinente recordar un personaje que podríamos decir representa un ejemplo de espiritualidad y pensamiento utópico, se trata de Martín Luther King Jr., quien como sabemos, lideró, en un momento de la historia, la lucha por los derechos civiles de las y los ciudadanos negros de Estados Unidos. Este protagonista social imaginó, junto con miles de personas, una utopía que más tarde se hizo realidad. Soñó, como él mismo lo expresó, con la igualdad, con la hermandad, la libertad y la justicia. Cultivó una espiritualidad y un pensamiento utópico que fue capaz de transformar la realidad a pesar de las múltiples resistencias que hubo en una cultura de dominación y discriminación. Su discurso del 28 de agosto de 1963, delante del monumento a Abraham Lincoln y frente a 200 mil personas, se convirtió en una representación discursiva de la utopía del movimiento antirracista en Estados Unidos, del cual citamos algunas frases emblemáticas.

Tengo un sueño

Hoy les digo a ustedes, amigos míos, que a pesar de las dificultades del momento, yo aún tengo un sueño... Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales... Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad... Sueño que un día, incluso el estado de Misisipí, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia... ¡Hoy tengo un sueño!... (Luther King Jr., 1963).

Como sabemos, esta espiritualidad y pensamiento utópico de Martin Luther King Jr., estuvo inspirado por una espiritualidad religiosa, pero también fue inspirado por una espiritualidad secular que apeló a una lucha social laica. Así ha sucedido con otras utopías que se alimentan

de diversas espiritualidades para configurar nuevos imaginarios, sueños y proyectos axiológicos emancipadores. En América Latina, como ya se dijo, tenemos una historia de espiritualidades y pensamientos utópicos que se han convertido en luchas, en resistencias a la dominación y en cambios que han modificado el escenario latinoamericano. Cada país, cada pueblo y cada cultura han tenido sus sueños y se han imaginado nuevas realidades. Han tenido personajes que encarnan ese pensamiento (Bolívar, Martí, Morelos) y han logrado importantes cambios, que si bien, han sido inspirados por espiritualidades religiosas y no religiosas, también esas transformaciones son resultados de procesos políticos, sociales y culturales que se entremezclan con la profundidad humana, produciendo así fuerzas incontenibles que convierten las utopías en nuevas realidades que mueven la historia. Esto se ha producido en las grandes historias, pero también en las microhistorias sociales e incluso en las historias personales. Cuando el interés particular egocentrado sede ante el interés colectivo, se manifiesta la posibilidad de la plenitud humana que hace posible dar pasos hacia la igualdad.

Ahora bien, si en este texto afirmamos que la espiritualidad no religiosa e incluso la espiritualidad religiosa han conducido hacia el pensamiento utópico que puede producir nuevas realidades, es necesario entonces aclarar qué entendemos por ese concepto. Aquí partimos de la idea que plantea Edgardo Lander (2003, p. 207), quien indica que el pensamiento utópico es:

“un horizonte que hace posible concebir la realidad como momento histórico superable, imaginar que el mundo podría ser de otra manera. Nos permite pensar que, a pesar de las tendencias que apuntan con fuerza en dirección contraria, y aunque las alternativas no están garantizadas, éstas son posibles y por ello vale la pena reflexionar y actuar en función de la construcción de una vida mejor para las grandes mayorías, una vida más democrática, más equitativa, más solidaria, más fraterna, más compatible con la preservación de la vida en el planeta”.

Algunos autores señalan que el pensamiento utópico ha existido desde la antigüedad y en todas las civilizaciones y pueblos, explican que la utopía es un hecho antropológico básico que inspira a las culturas y al ser humano. Se señala como un primer ejemplo a Platón, que con su *República* representa una de las primeras utopías políticas. Mientras que a partir de Tomás Moro en el siglo XVI se comienza a discutir el concepto de utopía a través de su genial obra titulada *Utopía*, la cual también representa una idealización de otro modelo de comunidad política distinta al sistema monárquico de aquellos tiempos. El pensamiento utópico ha estado presente en la historia humana, así como las espiritualidades que nutren ese pensamiento que se transforma en acto para alterar el curso del mundo. Siguiendo a Lander, se puede afirmar que hombres y mujeres de todos los tiempos, así como pueblos enteros, han comprendido que el momento histórico es superable y es posible imaginar otros mundos para trascender las situaciones de injusticia, opresión y discriminación.

La discusión sobre el tema de la utopía ha sido intensa a través del tiempo, por ello, autores como Misseri (2015, pp. 196, 200, 217), señalan que hoy se puede hablar de la existencia de una teoría de la utopía, de la cual él separa el concepto de utopía con respecto al concepto de pensamiento utópico. Este pensador argentino, quien cita a Alexandru Cioranescu, dice que el pensamiento utópico va más allá de la idea de utopía, la cual ha sido identificada sólo con el libro de Tomás Moro (*Utopía*), o bien, como un género literario, como un proyecto irrealizable, como una orientación que trasciende la realidad, o como un método utópico.

Misseri se inclina por conceptualizar el pensamiento utópico como método utópico y toma distancia con respecto a los otros significados de utopía. Explica que “el pensamiento utópico toma forma de un método de transformación social que tiene su raíz en el discurso pero que no se limita a él, sino que se expande hacia la praxis social” (p. 200). Precisa que el pensamiento utópico presupone no sólo una crítica de la sociedad contemporánea sino también una crítica de las utopías anteriores. Y concluye diciendo que el pensamiento utópico como método es un “método de mejoramiento social a partir de una crítica creativa, constante y autocrítica, sostenida a partir de un discurso que se opone a

lo aparentemente fatal –establecido por la ideología de una época– y que pone énfasis en la capacidad transformadora de la humanidad” (p. 217).

De todo lo anterior, deducimos que a partir del pensamiento utópico se pueden generar los proyectos individuales y colectivos que buscan transformar la realidad, lo que supone primeramente una crítica al orden establecido, y a partir de ella, imaginar creativamente los nuevos escenarios, lo que supone a su vez, transitar del discurso axiológico que contiene la idealización de los proyectos, a la praxis social que puede ir concretizando las pequeñas y grandes hazañas que modifican el devenir de las sociedades y del mundo. Un elemento fundamental del pensamiento utópico, es que su capacidad de idealizar esté bien anclada en las condiciones sociohistóricas de la época y en los sujetos cuya espiritualidad pueden hacer posibles los proyectos axiológicos.

Esquemáticamente podríamos decir que la espiritualidad no religiosa, e incluso, algunas espiritualidades religiosas, tienen la capacidad de prospectar situaciones futuras, mental y sensitivamente para situarnos en el pensamiento utópico, del cual emergen la potencia y los actos que desafían lo establecido para emancipar y liberar a los sujetos, para superar el momento histórico y dejar de verlo como una fatalidad eterna. Es decir, para llegar a este punto del pensamiento utópico es necesario cultivar la cualidad humana, lo que se traduce en lograr el despertar interno desegocentrado para tomar conciencia e interesarnos por la realidad como totalidad. Pero, la pregunta clave de todo esto es: ¿cómo cultivar la espiritualidad, principalmente entre los jóvenes, quienes representan el presente y el futuro de la realidad histórica?

Condiciones de posibilidad para cultivar la espiritualidad y el pensamiento utópico

En los diversos análisis que se pueden consultar acerca de la situación histórica actual, se resalta la crisis en todas las dimensiones de la realidad, pero lo peor, es que en dichas reflexiones no aparecen propuestas suficientes ni fuerzas sociales que puedan cambiar el rumbo de la historia.

Sin embargo, persiste en muchos espacios sociales y de diversa índole, la esperanza de que la realidad puede ser mejor. Por ello, el planteamiento que hacemos en relación a la necesidad de cultivar la espiritualidad no religiosa y el pensamiento utópico, constituye una apuesta por darle continuidad histórica a este hilo conductor desde el cual se producen imaginarios sociales a favor de la humanización del mundo.

Las siguientes proposiciones que hacemos son un conjunto de condiciones de posibilidad para el cultivo de la espiritualidad y la utopía como aspiración para dignificar la vida. Son una serie de ideas que se sitúan en la perspectiva de abonar a un pensar y una praxis que desafía la fatalidad ideológica, la cual indica que no se puede hacer nada ante los acontecimientos que condicionan la realidad. Es un ejercicio de reflexión que parte del realismo histórico para intentar producir nuevas realidades históricas a partir de nuevas subjetividades vitales.

Una primera condición de posibilidad para cultivar la espiritualidad y el consecuente pensamiento utópico, es problematizar el encumbramiento de la individualización de la persona, lo que supone discutir la condición relacional del sujeto para reaprender nuestra condición comunitaria y de especie que somos ante la biodiversidad del mundo. Es decir, es necesario reconocernos como individuos, pero también como comunidad y como especie, manteniendo esta triple dimensión que Edgar Morin (1999, p. 26) llama la triada del género humano. Esto es vital para comprender que la sustentabilidad de la vida depende del respeto y el cuidado de nuestros intereses individuales, comunitarios y de las demás especies vivas. Es falso creer, como lo enseña la ideología capitalista, que sólo basta con satisfacer nuestros intereses y deseos individuales para encontrar la plenitud humana. Eso, por lo contrario, está produciendo una profunda crisis en todos los ámbitos por el proceso de egocentración de la persona, la cual no es capaz de mirar más allá de su contexto particular. Es relevante interiorizar nuestra condición relacional para comprender que somos parte de un todo, que nosotros como individuos no somos el todo, por lo que debemos ampliar nuestra mirada para sentir esa comunión con el mundo.

Otra cuestión clave en el desafío de cultivar la espiritualidad y el pensamiento utópico, radica en problematizar también el ideario del sistema capitalista, que aparte de individualizar a la persona, la convierte en un sujeto materialista consumista que sólo se mueve bajo el influjo del supuesto progreso, lo que reduce el vivir humano a satisfacer necesidades que tienen que ver con las novedades de los bienes y servicios que oferta la producción y el mercado. Se trata de un hiperconsumo, o bien, de una gran frustración por no poder consumir y ser parte de los circuitos de progreso del sistema. Valores como el del progreso, la competencia, el consumo, el estatus, la acumulación, el poder, constituyen la axiología del sistema que modela la ontología moderna. Se trata del programa de vida de las sociedades contemporáneas, es decir, el capitalismo nos ha programado en esa perspectiva lineal materialista ante la cual nos debemos desprogramar. Por lo anterior, el desmontar esta cosmovisión de la vida es una condición para dar paso a la espiritualidad y el pensamiento utópico.

Otro factor importante para el cultivo de la espiritualidad y el pensamiento utópico, es mostrar que la historia es cambiante, que, ante la aparente realidad inmutable de las relaciones de poder entre las naciones, entre las clases sociales, entre las razas, siempre existirá el cambio como acontecimiento inevitable. Se trata de cultivar la esperanza, se trata de saber imaginar, de descubrir nuevas posibilidades de lo real, todo ello encaminado a dignificar la vida desde una perspectiva de igualdad y de justicia. Como lo dijo Einstein en una entrevista en 1926 “la imaginación es más importante que el conocimiento. El conocimiento es limitado y la imaginación circunda el mundo”. Imaginar implica desmitificar el orden establecido como algo imposible de transformar, esto, en todos los niveles de la realidad, desde las macroestructuras políticas, económicas y culturales, hasta las microestructuras sociales donde transcurre la vida cotidiana. La historia ha sido cambiante a pesar de los condicionamientos fatalistas, sin embargo, esos condicionamientos sí terminan por fijar la realidad y naturalizar las grandes contradicciones del sistema dominante, tales como la desigualdad, la dominación o la discriminación, entre otras. Por ello, es vital aprehender la esperanza para saber prospectar situaciones futuras.

Para finalizar este conjunto de proposiciones es necesario ligar el amor con el asunto de la espiritualidad y el pensamiento utópico, es decir, el amor es otra condición de posibilidad para sensibilizarnos e interesarnos por el otro, y por la vida misma en su infinita red de relaciones que conforman el todo al que pertenecemos. La espiritualidad y el pensamiento utópico no son ideologías, ni sistemas políticos ni tampoco un conjunto de valores vacíos, constituyen sobre todo una apertura del pensar y sentir que desata capacidades empáticas que nos ligan con los demás. Son capacidades que se convierten en energías que nos sensibilizan y potencian nuestros actos a favor de la vida. Por lo que es imprescindible vincular esta fuerza amorosa con la espiritualidad misma, lo que puede ser la condición básica y segura de trascender las historias generadoras de crisis. Como dice André Comte-Sponville (2010, p. 46), lo importante de la espiritualidad es la fidelidad al humanismo y el amor a nuestros semejantes. “Lo importante es no traicionar este poder que tenemos de pensar, juzgar y amar: lo importante es el espíritu, que es gracia y misericordia”. Es decir, lo importante es la profundidad humana de la cual emanan nuevas sensibilidades, actitudes y compromisos que se manifiestan como amor gratuito hacia ese todo del que somos parte.

Ahora bien, la gran pregunta de todo esto, es, si el cultivo de la espiritualidad no religiosa y el pensamiento utópico son posibles entre los jóvenes, los cuales como sabemos viven y piensan desde el ciberespacio. Están conectados a la tecnología, y es ésta la que se ha convertido en su referente cognoscente de alto significado. Podríamos pensar, debido al ambiente tecnologizado de la sociedad, que el cultivo de la espiritualidad y las utopías deben pasar por ese filtro tecnológico, ya que ahí es donde los jóvenes tienen puestas sus capacidades e intereses y es ahí donde encuentran sus verdades. La realidad de su mundo no se encuentra fuera sino dentro de las pantallas, lo que complejiza los intentos de sensibilización acerca del acontecer de la vida.

Sin duda, el ciberespacio es un parteaguas que ha subsumido la realidad misma, por lo que es un gran desafío para todo intento educativo, incluido el espiritual. Pensar cómo cultivar la espiritualidad y la utopía nos debe llevar, aunque parezca contradictorio, a hacerlo también desde la virtualidad,

porque de otro modo, no será viable, o lo será en aquellos que no están condicionados por la sociedad red. El campo de la política, de la ecología, del arte, de la religión, ya están en el ciberespacio, incluidas algunas espiritualidades de mercado. Cultivar la profundidad humana demanda una buena dosis de creatividad para hacerse presente en la tecnocultura moderna, el reto es mayúsculo y la discusión apenas comienza.

A manera de cierre

Podemos cerrar el análisis citando de nuevo a Leonardo Boff (2011), quien señala que tenemos una “revolución todavía por hacer”, la cual la sintetiza en las siguientes líneas:

La sensibilidad, la cordialidad, el cuidado, llevados a todos los niveles, con la naturaleza, en las relaciones sociales y en la vida cotidiana pueden cimentar, junto con la razón, una utopía que podemos tocar con las manos porque es inmediatamente practicable. Éstos son los fundamentos del paradigma civilizatorio naciente que nos da vida y esperanza (p. 23)

Se trata del nuevo proyecto axiológico que debemos construir a partir de la suma de voluntades, esperanzas, conciencias, sensibilidades y comuniones que pueden ser el resultado del cultivo de la cualidad humana. Proyecto axiológico planetario que debe atender la pluralidad del mundo para que se exprese y surja desde la diversidad del mismo.

Bibliografía:

Castillo, José M. (2011). *Espiritualidad para insatisfechos*. Editorial Trotta, Madrid.

Comte-Sponville, A. (2010). *Salvar el espíritu*. Concilium.

Corbí, Maria (2013). El cultivo de la cualidad humana profunda en las nuevas sociedades industriales. En *Indagaciones sobre la construcción de una epistemología axiológica*. CETR, Barcelona.

Corbí, Maria (2007). *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*. Herder Editorial, Barcelona.

Boff, Leonardo (2012). La dimensión de lo profundo: el espíritu y la espiritualidad. En *Servicios Koinonía*, link <http://www.servicioskoinonia.org/boff/>

Boff, Leonardo (2012). ¿Es el universo autoconsciente y espiritual? En *Servicios Koinonía*, link <http://www.servicioskoinonia.org/boff/>

Boff, Leonardo (2000). *La dignidad de la tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad. La emergencia de un nuevo paradigma*. Editorial Trotta, Madrid.

Boff, Leonardo (2011). Una revolución todavía por hacer. En *Espiritualidad y política*. Coordinador Cristóbal Cervantes. Editorial Kairós, Barcelona.

Guerrero, Patricio (2011). Corazonar la dimensión política de la espiritualidad y la dimensión espiritual de la política. En revista *Alteridad*, núm. 10, Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador.

Lander, Edgardo (2003). La utopía del mercado total y el poder imperial. En *América Latina: democracia, pensamiento y acción. Reflexiones de utopía*. Cerutti Guldberg, y Páez Montalbán (coordinadores). UNAM, Plaza y Valdés Editores, y Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, México, DF.

Luther King, Martin (1963). *Tengo un sueño*. Link <https://www.marxists.org/espanol/king/1963/agosto28.htm>

Misseri, Lucas E. (2015). El pensamiento utópico y las críticas de Popper, Molnar y Marcuse. En *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 78. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Ciudad de México.

Morin, Edgar (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Francia: UNESCO.

Vigil, José M. (2015). Recentrando el papel futuro de la religión: humanizar la Humanidad. El papel de la religión en la sociedad futura va a ser netamente espiritual. En revista *Horizonte, dossier: paradigma pos-religional*, vol. 13, núm. 37, Belo Horizonte. Link: <https://eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL>